A

DOS VENGANZAS

DRAMA TRÁGICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL LORENZO D'AYOT

Estrenado la noche del 21 de Noviembre de 1889, con extraordinario éxito, en el teatro «Liceo Rius.»

Una peseta

MADRID
TIPOGRAFÍA DE RAMÓN ANGULO
San Vicente Baja, 76.
1889

4

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Dramáticas.

El Poder de una Pasión, drama en tres actos y en prosa.
La Condesa Leonor, ídem.
Dánoscar, tragedia en prosa.

Literarias.

Dentro de la fosa, poema en prosa.
Pilar, ídem.
Magnolia, ídem.
Nieves, ídem.
El Férelro Blanco, ídem.
La Duquesa ds Thágora, ídem.
Thállwor, ídem.
El Beso, ídem.
Trompillo, ídem.
Dobrasko, ídem.
La Marmota, ídem.
El Beso de Nieve y el beso de fuego, ídem.
La Cita, ídem.
La Convicción, ídem.
Otelo y Desdémona, ídem.
Pablo y Virginia, ídem.
El Poema del Alma, ídem.
El Pasig, ídem.
La Visión del Rey Rodrigo, ídem.
El Hijo del Crimen, ídem.
La Calumnia, ídem.
Samuel Belibeth, ídem.
Whora Dállskings, ídem.

Discursos.

Shakespeare, lord Byron y Chateaubriand, como modelos de la Juventud Literaria. Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid. (Agotado).

DOS VENGANZAS

DRAMA TRÁGICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL LORENZO D'AYOT

Estrenado la noche del 21 de Noviembre de 1889, con extraordinario éxito, en el teatro «Liceo Rius.»

Una peseta

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. CORPAS

N.º de la procedencia
3400.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE RAMÓN ANGULO
San Vicente Baja, 76.
1889

Á MIS MAYORES ENEMIGOS,

á todos aquellos que con los movimientos viperinos de sus lenguas venenosas han contribuido inconscientemente á mi reputación; á los críticos, criticadores y criticastros que han querido anularme; á las personas que han deseado mi ruina; pero que sólo han conseguido mi engrandecimiento literario, dedico esta obra como testimonio de triunfo.

Los detractores no son más que escalones de la gloria.

El Autor.

722153

REPARTO

PERSONAJES

ZORAIDA, CONDESA DE GORMÁZ.	Srta.	Gloria González.
CONDE DE GORMÁZ.	Sres.	Pérez.
EL WALÍ-SAID..	»	D'Ayot.
GARCERÁN...	»	Acosta.
CAPITÁN ARMENDARIZ...	»	Alvarez.
ABEN-LEIL.	»	Terradillos.
D. LOPE DE GORMÁZ..	»	Nart.

ÉPOCA DE LOS REYES CATÓLICOS

La acción en un castillo de la Alpujarra.

Derecha é izquierda, la del actor.

Esta obra es propiedad exclusiva de su autor, á quien deben dirigirse toda clase de pedidos de ejemplares y autorizaciones para su representación. No se concederá autorización ninguna sin adelantar el pago de los derechos de propiedad. Diríjanse al Sr. D'Ayot, Olmo, 26, pral. izqda.—Madrid.

ACTO ÚNICO

Salón grande y sombrío de arquitectura indeterminada, de un castillo de la Alpujarra; grande arcada al foro cerrada por ancho cortinón carmesí, que al descorrerse dejará ver una galería transversal con balaustrada de mármol; á la izquierda del foro, una puertecilla secreta; á la derecha en primer término un ámplio hogar de campana blasonado, frente á él algunos taburetes: debe estar encendido, á la izquierda entre la primera y segunda caja de bastidores, una puerta.
En primer término, á la izquierda, una mesa con tapete y sillon blasonados.
Pendiente de la bóveda, una lámpara de bronce.
Grandes trofeos de armas en las paredes.
Noche tormentosa. La escena deberá estar alumbrada únicamente por la lámpara y las llamas del hogar.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oyen lejanas voces de alerta; aparece WALÍ *disfrazado de ermitaño en el quicio de la puerta falsa, haciendo seña á* ABEN-LEIL *que entra momentos despues.*

WALÍ.—Nadie á estas horas llega á esta cámara; los Condes no podrán sorprendernos. ¡Ah! la conozco perfectamente; no hace mucho tiempo entraba en ella como señor y no como espía miserable....., el subterráneo que concluye en los dinteles de esa puerta, es el camino de mi venganza....., el sendero que abre la fatalidad al ódio.....; ya lo has visto, nadie más que yo conoce tal entrada; al fin amaneció; al fin avanza el anhelado día, ¡mi venganza es cosa hecha!

ABEN.—Conozco Walí el ánsia que te devora por convertir en escombros lo que ayer fué tu hogar y hoy la tumba de tus sangrientos rencores y tus tristísi-

mos recuerdos; pero me atrevo á aconsejarte que obres con más cautela, pues algo arriesgada es tu empresa, estando el castillo defendido por el conde de Gormáz.

WALÍ.—¡Calla, insensato! ¿Qué importa que lo defienda ese hombre, si contra el castillo vienen no hombres, sino fieras? Veinte años há que el conde hizo rodar en esta misma cámara la encantadora cabeza de mi Zoraida adorada, en cambio de la de su padre, que hice rodar yo.—Veinte años que siento rugir en mi pecho las tempestades todas del ódio. ¿Y quieres que vacile, y me aconsejas aún que aplace el codiciado momento? ¡Ah! tú no eres padre, y no puedes comprender mi tormento.

ABEN.—Justo es que arranques la existencia al que en tu corazón vertió tanta hiel y tanto fuego..... mas responde á una pregunta: ¿cuál es tu objeto al hacer penetrar en el castillo á ese caballero despues de haber dado muerte al nazareno Paulo?

WALÍ.—¡Mi objeto! ¡ah! tú no puedes adivinarlo; es una red que he tejido para aprisionar al de Gormáz entre sus inquebrantables mallas.

ABEN.—Pero.....

WALÍ—¡No me preguntes más, porque es inútil que intentes saber mi propósito!

ABEN.—Bien está; no insisto.

WALÍ.—Observa y calla, pronto verás el desenlace de la intriga.

ABEN.—Sombría es á fé mía.

WALÍ.—Sí, como el corazón que la inspira. ¡No hay ardid que no urda la venganza!

ABEN.—Si el conde á tu hija mató, fué porque tú mataste á su padre.

WALÍ.—¡Yo lo maté, sí! Teñí en su sangre mi pendón de guerra...., era cristiano y por lo tanto enemigo de mi fé y de mi raza; ¿por qué si el conde quiso vengarse no me mató á mí? mis labios le hubieran bendecido al pie mismo del tajo; ¡pero matarla á ella; á ella, mi único bien, mi único encanto, mi sola esperanza! ¡ah! nunca pensé que tanta crueldad

hallase cabida en un corazón humano....! inútilmente demandando perdón, á sus plantas me arrastré; el conde en aquella ocasión no era un hombre, era un mónstruo de maldad..... ¡es mi hija, le dige en mi tremenda agonía, es la flor de mi hogar, el sol de mi vida, la alegría de mi alma; ¿quieres vengar á tu padre? pues mátame; ¡pero ten piedad de mi Zoraida...! todo fué inútil, inmóvil me oyó. ¡Morirá! murmuró con un acento que me extremece todavía, y al fin ese cortinón se corrió y tinta en sangre, ¡ví en manos del verdugo aquella cabeza que tantas veces había estrechado contra mi pecho. (*Apoya la cabeza desfallecida en el hombro de* ABEN-LEIL.)

ABEN.—¡Padre infelíz!

WALÍ.—Después me dejó en libertad.... yo no tenía ni alma, ni pensamiento, ni corazón, ni luz en los ojos, ni aliento que respirar;... salí del castillo, errante vagué mucho tiempo por los montes como una fiera rabiosa; siempre ante mí veía flotar el expectro aterrador del Conde, y siempre aquella cabeza parecía besarme con sus lívidos lábios; después de tanto delirar, una idea brotó en mi mente y un anhelo nació en mi alma, ¡la venganza; devolver al conde toda la desesperación y toda la amargura que acumuló en mi alma...! él había amado á sus padres pero no como yo amaba á mi Zoraida, porque el cariño de un hijo es muy distinto al cariño de un padre.

ABEN.—¡Pobre Walí!

WALÍ.—Lo más espantoso Aben-Leil, no lo sabes todavía; Zoraida amaba al Conde, más de una vez me lo había dicho, y aquella misma aciaga noche, antes que el Conde se apoderase del castillo, ruborosa me contaba la historia de sus amores.... ¡bello idilio, resplandeciente cielo del alma de una hurí...! ambos se vieron en un torneo, y por amar á ese mónstruo cristiano rechazaba, desdeñaba la petición del más opulento visir del reino granadino.

ABEN.—¡Horrible historia! Mas ¿cómo, si el conde la amaba...?

WALÍ.—Cuando mi voz desesperada no halló eco en su corazón y al cadalso á un angel llevó, imposible que el amor hubiese hallado cabida en el horrible vacío de aquel pecho de hiena.... ¡un tigre hubiese llorado al ver mi dolor, pero no te extrañe Aben-Leil, que el hombre aunque tenga razón, es una fiera más cruel que las que rugen en los desiertos!

ABEN.—La grandeza de tu dolor requiere igual venganza; ¡ya no te aconsejo, ya no te intimido; bebe cuanto antes hasta la última gota de la sangre de ese infame Conde!

WALÍ.—La suya es muy poca para aplacar mi horrenda sed; ¡ya verás, ya verás!

ABEN.—Vamos; quizá nuestra gente se impaciente ya.

WALÍ.—¡Que aguarde, por Alá! Más grande es mi impaciencia, y sin embargo aguardo todavía.

ABEN.—Silencio *(acercándose al foro)*, parece que he escuchado..., no hay tiempo que perder *(suena un trueno)*; la tormenta ruge cada vez con más fuerza... vamos y no hagamos fracasarlo todo por un momento de imprudencia. *(Coge de la mano á Walí y lo arrastra hacia la puerta secreta.)*

WALÍ.—Sí, vamos; castillo de las Aguilas que desafiando á la tempestad orgulloso levantas en el espacio tu mole sombría, pronto montón de calcinadas ruinas, horror serás del extranjero; la sangre que en tu recinto se vertió, tiene que borrarse con fuego: ¡¡Conde de Gormáz, me perteneces tú, y toda tu familia!! *(risa convulsiva)* ¡ojo por ojo! ¡diente por diente! ¡ahora me toca á mí! *(Vánse por la puerta secreta.)*

ESCENA II

CONDE Y GARCERÁN *(entrando por el foro.)*

CONDE.—Y bien, escudero, acaba.

GARCERÁN.—Nada hé visto, señor, por más que he rondado el castillo.

CONDE.—Creí que hasta aquí vendria el misterioso caballero.

GARCERÁN.—Tranquilizáos, señor; aquéllo pudo ser una calumnia, ¿cómo os atreveis á dudar de la virtud de la condesa?

CONDE.—La condesa, buen Garcerán, es mujer, y la mujer es lo monstruoso bajo lo divino, arcanos tan insondables como el de la providencia, luz por fuera, sombras por dentro: aman por capricho y desprecian por diversión; aquél pergamino fatál me acusaba que la condesa me era infiél.

GARCERÁN.—La sacásteis de Santa Fe; la trajísteis al castillo y ni vos ni yo hemos visto nada.

CONDE.—Sin embargo, dudo.

GARCERÁN.—¿Y á qué, señor, esa duda?

CONDE.—Cuando una gota de hiel cae en el corazón, nace y se agiganta la duda en el alma, y huye de los ojos el sueño... ¡yo no sé por qué siento en mí algo de extraño é indefinible.

GARCERÁN.—Mal haceis en preocuparos tanto cuando el tiempo os ha dado la evidencia de la inculpabilidad de la condesa.

CONDE.—Esa duda y el alejamiento de mi hijo han hecho nacer en mi pecho, yo no sé que lucha de pasiones y sentimientos.

GARCERÁN.—Don Lope, señor, como es uno de los más denodados capitanes de los reinos de Castilla, no es extraño deje de escribiros, cuando la patria necesita de toda la fuerza de su brazo y de todo el vigor de su inteligencia; además sólo hace seis días que estamos en el castillo, ya veis que tan corto plazo no es para desesperar.

CONDE.—Sí, tienes razón, no debo culparle... ¡ah!

GARCERÁN.—¿Qué teneis, señor?

CONDE.—Nada... un recuerdo... ¡una sombra!... una nube de sangre que flota ante mis ojos... ¡véte, déjame!

GARCERÁN.—¡Mas!...

CONDE.—¡No!... no te vayas, te necesito; tú siempre has sido mi amigo y compañero.

GARCERÁN.—Señor... explicáos; si el viejo escudero puede consolar á su señor será con ello muy honrado.

CONDE.—¿Te acuerdas de aquella noche?... aquí...

GARCERÁN.—¡Señor! tal idea.

CONDE.—¡Veinte años han pasado y no se borra de mi mente aquel espantoso cuadro! ¡capricho ha sido el de la reina de darme aqueste castillo!

GARCERÁN.—¿Os pesa?

CONDE.—Sí; yo no debía volver al teatro de mis hazañas.

GARCERÁN.—¡Ah! ¡señor!... el tiempo lo borra todo, ¿á qué recordais tan añeja historia?

CONDE.—Porque el alma tiene momentos en que se complace con infernal delirio en revolver la fosa del pasado.—¡fuí un infame!

GARCERÁN.—¿Infame vos?... sin duda la fiebre extravía vuestra razón.

CONDE.—La maldición de mi padre retumba en la negra cavidad de su sepulcro.

GARCERÁN.—¡No tal! ¿No os habeis vengado de un modo ó de otro?

CONDE.—Es que mi venganza no ha sido inicua, ruín, bastarda, digna sólo de un alma pequeña! ¡no tuve valor para tanto!

GARCERÁN.—¿Habíais de ser por ventura vos mismo el que destruyese el magnífico palacio de vuestros ensueños y plantase la incendiaria tea en el mágico vergel de vuestras ilusiones y vuestras esperanzas? ¡No! ¡vive Dios! que si la vida es un sueño como dicen los sábios, es crimen deshacer sus encantos!

CONDE.—¡Yo la amaba más que á mi vida, y mi alma desfallecía ante la enormidad del sacrificio! *(Llora)*.

GARCERÁN.—¿Llorando vos? ¡si no lo viese no lo creería!... ¿asomar las lágrimas á los ojos del león?

CONDE.—¡No hay fiereza que no venza un dulce recuerdo!

GARCERÁN.—Reportáos, señor, que al veros llorar también siento una lágrima en mis pestañas.

CONDE.—¡Para ser feliz hice á Walí desgraciado!

GARCERÁN.—Él había matado á vuestro padre, mi señor; ¿era justo acaso que quedase impune su delito?

CONDE.—Mi intención era haberlo muerto, haber colgado de una almena su cabeza; el destino me cogió en la red de la fatalidad... ¿cómo hubiese estrechado después las manos de su hija?

GARCERÁN.—Olvidad lo pasado, que de ello ya es tiempo, y venid á pasear por las galerías ó por las murallas.

CONDE.—No.

GARCERÁN.—Venid, que el paseo y el fresco os hará bien.

CONDE.—Vamos.

GARCERÁN.—¿Quereis apoyaros en mi brazo?

CONDE.—Gracias, buen Garcerán; el que resiste años de remordimientos, nunca es vencido por horas de recuerdos.

GARCERÁN.—Como gusteis. (*Vánse por el foro.*)

ESCENA III.

ZORAIDA. (*Lateral izquierda; pensativa.*)

De tanto orar cansada me atrevo á traspasar el umbral de mi prisión; por más que me afano en descifrar este enigma y en aclarar el misterio que me rodea y el sigilo con que fuí conducida á este castillo, no acierto, y en más sombras se sumerge mi pensamiento; ¿á qué vuelvo á contemplar los sitios en que se deshizo mi tranquila infancia? ¿por qué mi esposo antes todo amor y ternura, es ahora todo recelo y desvarío? ¡ay de mí! ¡esta sala me recuerda una escena de espanto y desolación; al verme en su centro sola, los recuerdos que van naciendo, me van aniquilando! ¡Todo está como yo lo dejé!... ¡el hogar, á cuyo lado oia de los labios de mis esclavos el relato de dulcísimas historias; la puerta por donde mi padre entraba después (*suena la tempestad*) de la ronda, los viejos trofeos colgados del ancho y espeso muro... ¡la lámpara..., los tapices! ¡todo! ¡todo, has-

ta la tempestad allá fuera! ¡Oh! antes con el blanco turbante en la frente y sobre él flotando las nubes rosadas de los recuerdos de amor y las más bellas ilusiones, ignoraba que otra vida me aguardaba; ¡vida dulce y amarga á la vez! ¡ah! la vida es un libro que hojea el destino para que la muerte lea y los años azoten... hoy condesa de Gormáz, ayer Zoraida la mora, hija que llora á un padre que quizás vive... madre de un hijo á quien pocas veces veo y del cual me separan ahora hasta sabe Dios cuándo ¿Cuál es ¡oh cielos! el mañana que me guardais? ¿qué hice para ser tratada con tanto rigor?... oigo pasos... resuena en la galería el ruido de las espuelas y el rechinar del arnés, rumor de voces, ¿le esperaré?... no: ¿de qué he de pedirle perdón si de nada me acusa la conciencia? *(Váse por donde entró.)*

ESCENA IV.

El Conde, Capitán y Garcerán *(foro)*.

Conde.—¿Decís, capitán, que es por demás peligroso el cargo que la reina nuestra señora me ha dado?

Capitán.—Lo es en extremo, Conde; los moriscos abundan en la Alpujarra, cada grieta de los montes es una guarida, y parece que hasta de las mismas sombras surgen turbantes.

Conde.—Bravos son mis soldados, y difícilmente podrán los moriscos trepar por la muralla.

Capitán.—Conviene sin embargo vivir alerta por lo que pueda suceder.

Conde.—En sus lanzas apoyados siempre, tienen mis almogavares, un ojo en el campo y una mano en la empuñudura de sus mazas.

Capitán.—Es de temer en esa horda de bandidos un asalto inexperado.

Conde.—¿Y por qué?

Capitán.—Porque dicen que aguardan á cierto misterioso caudillo que llegará de un momento á otro... dueños del castillo, serán capaces hasta de intentar reconstruir el derribado trono de Boabdil. Los verda-

deros creyentes recorren el africano suelo inflamando con sus palabras el valor de sus habitantes, y no será nada extraño, si las cosas marchan como hasta aquí, que empiece de nuevo en España otra guerra santa; mas esto, Conde, sólo son conjeturas mías; si el castillo no se pierde todo está salvado.

CONDE.—Mientras el conde de Gormáz defienda el castillo, pueden venir contra él, no sólo esas hordas de moriscos, sino las mismas legiones infernales con Luzbel á la cabeza.

CAPITÁN.—Si peligro, es, como digo el inminente y aunque el golpe se intente dar en secreto, lo sabreis algún tiempo antes por un poderoso auxiliar que tenemos en la montaña.

CONDE.—¿Quién?

CAPITÁN.—Paulo el ermitaño.

CONDE.—¡Ah! sí: él fué quien hace veinte años me introdujo en este castillo, la noche en que para Castilla lo tomé. ¿Vive todavía?

CAPITÁN.—Vive, aunque cargado de años y penalidades.

CONDE.—No lo he vuelto á ver desde entonces.

CAPITÁN.—Desde el fondo de su cueva sorprende todos los planes del enemigo.

CONDE.—¿Y cómo es que no se acoge á nuestros muros? ¡allí es muy fácil que lo asesinen!

CAPITÁN.—Más de una vez yo mismo se lo he propuesto, y alegando sus inquebrantables votos siempre ha rehusado; mas hace dos días vino á anunciarme que el ataque se disponía y que algunos momentos antes vendría á avisaros entrando por esa puertecilla, pues así dice que no pueden verle ni estorbarle en su benéfico intento.

CONDE.—Joya inapreciable es por cierto el tal eremita.

CAPITÁN.—Si nada nuevo teneis que ordenarme, permitid que me retire.

CONDE.—Un momento, Armendáriz.

CAPITÁN.—Decid.

CONDE.—¿Teneis alguna noticia de D. Lope, mi hijo?

CAPITÁN.—No por cierto, y por él os iba á preguntar.

CONDE.—Nada sé desde que estoy en el castillo.
CAPITÁN.—Y yo desde que lo dejé en la corte.—¿Ordenais algo?
CONDE.—Id con Dios, Capitán.
CAPITÁN.—Quedad con él, señor. (*Váse foro*).

ESCENA V.

CONDE Y GARCERÁN.

GARCERÁN.—¿Me necesitais para algo más, señor Conde?
CONDE.—No, puedes retirarte.
GARCERÁN.—¿No quereis que os acompañe?
CONDE.—No.
GARCERÁN.—El cielo os guarde. (*Váse foro.*)

ESCENA VI

CONDE (*queda pensativo y se sienta un momento en un taburete junto al hogar.*)

CONDE.—¿Será verdad ó mentira? ¡Ah! si fuera cierto la mataría..., si en mi carácter no hubiera tanta desconfianza y de esta desconfianza no hubiese nacido tanta duda, quizá el hogar me parecería más placentero, y quizás hallase mi alma en él lo que inútilmente va buscando tras lo imposible para llenar el vacío que siento aquí, y para pagar con oleajes de fuego la sed rabiosa que calcina mis lábios. ¡Hogar! nunca eres la imitación de la gloria, siempre la parodia del infierno! y tú alma ¿qué eres? cráter siniestro del volcán de las pasiones, que á veces duerme entre sombras y á veces estalla entre nieblas. ¡Qué grato es vivir sin amar y sin pensar! ¡Cuán envidiable es la vida del sér que no siente! ¿Qué fatídico geroglífico es este, cuya solución me pide el destino con roncas voces oculto en la sombra del misterio? (*Suena la tempestád*). ¡Aún retumba el trueno rodando desecho en mujidos por las concavidades de sus antros; aún resuena en el fondo de mi sér algo más horrible y formidable que su espantoso

estallido...! el rayo hace brillar su lúgubre resplandor retorciendo sus sierpes de fuego entre los pliegues inmensos de las enlutadas nubes y los destellos de mil encontradas ideas, alumbran siniestras la lobreguéz de mi mente...; el viento, rasgándose en las almenas, vá simulando gritos pavorosos de agonía..., los suspiros que levantan mi pecho y revientan en mis lábios, son ráfagas abrasadoras que á las playas de la desesperación empujan y precipitan la ola negra de mi vida...; dos tempestades luchando; una rugiendo en el vacío, otra estallando en mi pecho, y sobre mi frente aglomerándose recuerdos y más recuerdos, laberintos de brumas y pelotones de lava. Despierta mi juventud con toda su pasión y lozanía, y á mi oído viene á murmurar frases de dulces venganzas, de raptos, de rábia y de locura; ¡yo no quiero ver, yo no quiero oír, basta, basta ya! ¡¡Allí, sí, allí..!! la veo..., hermosa, seducida, perjura y deshonrada.... ¡oh! es una visión, es mentira, la calumnian! (*Cúbrese el rostro con las manos.*)

ESCENA VII

CONDE *y* WALÍ-SAID. (*Entra pausadamente, por la puerta secreta*).

WALÍ.—Dios guarde al noble Conde de Gormáz...

CONDE.—¿Quién me habla?

WALÍ.—Paulo el ermitaño.

CONDE—¡Ah! sois vos, por fin aquí, ¡cuánto hemos envejecido! Vuestra barba es cada día más blanca y mi alma cada instante más negra. Y bien; que cuando á mí os presentáis ¿será porque los moriscos intentan el ataque? ¿llegó el momento de pelear?

WALÍ.—No son los moriscos D. Juan, los que obligan á presentarme aquí; aún no ha llegado su misterioso jefe.

CONDE.—¿A qué venís entonces?

WALÍ—A revelaros un secreto.

CONDE.—¡Un secreto! ¿algún nuevo plan del enemigo?

WALÍ.—No; pero algo sí que con ellos tiene tal vez relación.

CONDE.—Hablad.

WALÍ.—Sabed, D. Juan, que hay quien el castillo acecha con siniestras intenciones.

CONDE.—¿Los espías moriscos?

WALÍ.—No.

CONDE.—¿Entonces?

WALÍ.—Escuchad.

CONDE.—Tanta calma me exaspera.

WALÍ.—Prestadme un momento de atención; cuando el último rayo del sol brillaba aún trás las enhiestas cumbres, luchando con los crespones que empezaba la noche á tender, salí de mi cueva para observar como de costumbre las avanzadas mahometanas... silencioso contemplaba el lejano ondular de las hogueras del campamento, cuando siento pasar dos bultos junto á mí; miro, eran dos hombres á caballo, noble el uno á juzgar por su bizarra apostura y plebeyo el otro que según las trazas escudero parecía... en un principio creí que eran moriscos y tras una roca presuroso me oculté, mas desvanecido mi temor salí y ví que desmontaba el hidalgo, al par que con su acompañante sostenia este diálogo: «Es imposible avanzar juntos, Ordoño; si mañana no he regresado es que todo habrá concluido.»—Espero, señor, que volvais como habéis llegado. No lo sé, ella me asegura en su carta que la empresa es bastante temeraria y arriesgada, pues el conde desconfia.

CONDE.—(*Irá*). ¡Acabad!

WALÍ.—Su carta así me lo asegura y me ruega venga á verla; en fin, Ordoño, si muero dedícame una oración y una lágrima; yo voy á ver á ese anacoreta de que me habla, adiós; se alejó el caballero y el escudero también, ambos por distinto camino; tras el hidalgo corrí, ansioso de saber el orígen de aquellas enigmáticas frases, llegué á mi cueva y el misterioso caballero ya estaba allí calentándose ante los despojos de una hoguera que en atizar se afanaba; al verme se puso en pie y presumí por el ruido de su

armadura y por el pomo de su espada que entre los pliegues del manto relucía fuese de elevada alcurnia. Le pregunté por qué lo hallaba allí y me respondió que traia una misión que cumplir en el castillo; me preguntó la situación de esa escaléra y se lo revelé... hubiera podido muy bien darle la callada por respuesta y venir á deciros lo que ocurría: pero mi huésped hubiese sospechado.

CONDE.—¡Nada vió Garcerán!

WALÍ.—Le prometí conducirlo hasta la boca del subterráneo, y he venido á contaros lo ocurrido, por si hallais mejor que yo la verdad y la causa de tan estupenda intriga.

CONDE.—¡¡Nada habéis visto!! ¡¡nada habéis oido!! ¡¡habéis mentido y quereis morir!!

WALÍ.—¡Señor!

CONDE.—¡Id á ver á ese hombre, y cuando el toque de ánimas resuene en el torreón hacedlo entrar!... Le espero aquí.

WALÍ.—Sereis servido, conde de Gormáz. (*Váse lentamente mirando con feroz sonrisa al Conde*).

ESCENA VIII

CONDE Y ZORAIDA

CONDE.—¡Condesa! (*Llamando con ira.*)

ZORAIDA.—¿Habéis llamado?

CONDE.—Sí; ante el tribunal de la honra y de la conciencia tengo que juzgaros, condesa.

ZORAIDA.—¡Juzgarme! ¿de qué delito? ¿soy culpable acaso?

CONDE.—Lo sabeis mejor que yo. Responded á mis preguntas sin mentira ni ficción; mi honra herida y mi amor escarnecido requieren, señora, aquesta explicación.

ZORAIDA.—Por más que contemplo, Conde, la alteración de vuestro semblante, no comprendo por qué me hablais en ese tono, ni por qué me mirais con esa mirada voráz.

CONDE.—Os sorprende mi llamada?

ZORAIDA.—Me sorprende, señor, porque hace muchos días no tenía ni la honra, ni el placer de veros á mi lado; huís de mí sin saber por qué, y aunque en vano intentaba hablaros nunca hasta ahora lo conseguí.

CONDE.—¿Y nada más que por eso os extraña?

ZORAIDA.—¿Qué otro motivo quereis que tenga?

CONDE.—Señora, es preciso que arrojeis la máscara con que encubrís vuestra infamia... ¡estamos jugando un juego terrible cuya única solución es la muerte!... una acción, una palabra solo, rompen para siempre, señora, los lazos de la familia, deshacen un hogar y manchan con repugnante cieno el nevado ropage del tálamo nupcial; desvanecen el perfume de las flores de la inocencia y hacen concebir hasta la idea monstruosa del crímen... vuestra hipócrita falsía, hace que mi vista penetre hasta el fondo de vuestra conciencia, viendo en él manchas negras como el cieno que se mira á través de la onda clara. Soy vuestro esposo y os amo más que á mi vida; por vos quebranté un juramento hecho ante el mármol frio de una tumba y vos haceis nacer en mi mente un cáos y en mi pecho un infierno... ¡ay de vos! ¡temblad!... podeis maldecirme, podeis estampar en mi frente el estigma más afrentoso... ¡soy honrado, soy caballero...! deshecho mi hogar y muerto mi amor yó sabré borrar ese *ínri* de oprobio y de vergüenza con toda la sangre que encierra vuestro nevado cuerpo ¡no finjais ni asombro ni extrañeza, ni angustia ni desesperación, ni hagais rodar por vuestras mejillas una lágrima, porque en vez de ser perla hermosa desprendida del corazón es diamante falso que la infamia y la maldad arrojan á mis plantas!

ZORAIDA.—Don Juan, no os comprendo ni quiero comprenderos, porque me horroriza y me indigna adivinarlo; ¿qué se agita en vuestro pecho y se agiganta en vuestra alma. Las palabras que pronuncian vuestros lábios resuenan en mis oídos como ecos aterradores de olas que en el Océano deshace y rompe el vendabal; ¿por qué me hablais así? esto es sin duda una congojosa pesadilla que os invade á

vos y á mí; hace algunos días me amábais, ¿por qué tal mutación? Un día ordenásteis que os siguiese y así lo hice, satisfaciendo vuestro deseo y acatando vuestro mandato...; no guardo por vos rencor alguno, y hace un instante oraba ante la cruz para que Dios os devolviese á mis brazos, á mi cariño, á mi amor solitario y triste, y veo me concede lo pedido, pues otra vez venís á mí.

CONDE.—(*Terror.*) ¡Apartad, señora; pesa sobre vos una sospecha! quizá el remordimiento de la consumacion de un crímen horrendo.

ZORAIDA.—(*En duda.*) ¡Una sospecha! ahora profundizo el arcano de vuestro pensamiento y comprendo todo el terrible sentido de vuestras palabras; ¡hablad, quiero saberlo, quiero confundiros!

CONDE.—¡Confundirme! ¿Sabéis lo que os proponéis? hace seis días que esa sospecha me está labrando en el alma una cárcel de hierro que me aniquila. ¡Se me dijo en Santa Fé que me érais infiel!

ZORAIDA.—¿Y lo creísteis? ¿halló cabida en vos tamaña infamia?

CONDE.—No, al principio no lo creí.... aquel pergamino puesto en mis manos por la fatalidad, podía ser una calumnia, la venganza de un amante desairaido: entonces pensé en vuestra virtud, condesa; pero como la virtud de la mujer es puente de cristal que se hunde al paso de la duda, os vigilé y nada pude ver que mis sospechas confirmase, ¡por eso solo no os condeno... ¡hay más aún! ¿os ofendí vigilándoos?

ZORAIDA.—Sí, habeis hecho mal, porque mi virtud debía haberos detenido.

CONDE.—Contra esa idea lucho como un titán; pero hace un momento, la duda convertida en evidencia, me ha mostrado la deformidad de vuestra culpa.

ZORAIDA.—(*Magestad.*) ¡Mentís!

CONDE.—¡Ojalá fuera así; quisiera mentir y no pensar, porque el pensamiento es mónstruo de iniquidad cuando rueda, gira y se acrecienta y se retuerce sobre ese abismo, cuna de los celos, llamado corazón! ¡quisiera ser víctima del engaño y esclavo de la vi-

sión, porque el engañado visionario siquiera es felíz; pero los hechos, que son montones de desgarradoras realidades, os condenan, os acusan y os sentencian, condesa de Gormáz!

ZORAIDA.—¡Mostradme una prueba!

CONDE.—No la tengo todavía. ¿Creeis que si la tuviese existirias vos aún? ¡tengo la evidencia horrible!

ZORAIDA.—¡Infamia! ¿dónde está esa siniestra evidencia?

CONDE.—Hace un momento, un hombre que no os conoce, ni es un infame, ni un cortesano vil, ha venido á decirme que un amante citado por vos intenta llegar hasta esta cámara por esa puerta falsa.

ZORAIDA.—¡Qué iniquidad!

CONDE.—Lo veremos, condesa; la hora está próxima á sonar...

ZORAIDA.—Mas...

CONDE.—No me interrumpais, vuestro amante, vendrá y en vez de estrecharos entre sus brazos como yo lo hago, en vez de vuestras adúlteras caricias, encontrará la hoja fria de mi daga; ¿verdad que es un cambio nada grato, encontrarse con una tumba en vez de una hermosura soberana? Já... já... já... já...

ZORAIDA.—¡Dios mio! No me es dado vindicarme.

CONDE.—No pronuncieis el nombre sacrosanto de Dios, porque él no os puede oir... ¡yo aclararé este misterio... ese hombre sea quien sea morirá; si sois inocente permaneced tranquila... si culpable... ¡Zoraida! ¡Angel de mi cielo! ¡eres criminal y aún te ama el alma mía; te amo, te adoro como el día en que te ví! ¡pronto! mis labios están sedientos de amarguras y quiero beber tus lágrimas, aunque sean infusorios de veneno; ¡antes que la fatalidad nos separe para siempre dame tu último beso de pureza; sea mío el último destello de tu inocencia. *(Suena la campana á la oración.)* ¡¡Qué horror!! ¡¡lejos de mí!! ¡¡es la hora!! ¡¡la muerte entra en el castillo!! ¡idos! *(Señala con imperio la puerta á la condesa que se vá trágica y delirante por donde entró.)*

ESCENA IX.

CONDE, D. LOPE Y ZORAIDA.

DON LOPE *entra por la puerta falsa embozado, cubierta la cabeza con un casco cerrado, el conde le aguarda con la daga desenvainada.*

CONDE.—(*Precipitándose sobre* D. Lope *y sepultándole la daga en el pecho.*) ¡Mi honra antes que todo; miserable, muere!

D. LOPE.—(*Vacilando va á caer al lado del hogar.*) ¡¡Vírgen!! ¡¡socorro!! ¡¡ah!!

CONDE.—(*Se precipita sobre el cadáver y le arranca un pergamino, tira la daga y llama á la condesa.*) ¡Esta es la carta fatal! ¡Señora!

ZORAIDA.—(*Retrocediendo aterrada.*) ¡Asesino! ¡¡Oh!! (*Vase enseguida.*)

CONDE.—Hé aquí la prueba de vuestro delito.

ESCENA X.

CONDE.

Esforzándose por leer, convulso y aterrado, el pergamino.

¡Mi querido hijo! ¿qué es esto? ¡no hay duda! me habré equivocado, no será esta la carta de la infiel. «Te necesito á mi lado, ven, entrarás por la puerta falsa que te indique Paulo el ermitaño, tu padre». ¡El castillo, el ermitaño, ¡oh! todas estas circunstancias son horribles y triviales á un mismo tiempo... ¡esta carta ha sido arrancada del pecho de ese cadáver y mi daga al buscarle el corazón ha roto una de las puntas del pergamino. ¿Quién es el muerto? ¡qué clase de mónstruo soy yó! ¡Cuantas veces la lea me parecerá un sueño! ¡qué horrible es el fulgor espectral que despiden sus caractéres!... parecen escritos con fuego del infierno... ¡ah!... ¡esto es una pesadilla, cuyo nudo me ahoga! ¡sangre, mucha sangre...! Sí... esta carta me extremece y aún creo que

la mano de Satán trató de simular mi letra ¡esta carta va á mi hijo dirigida y ese cadáver... (*Se acerca al cadáver.*) ¡¡me da horror el pensarlo! ¡¡¡él es!!! ¡¡¡mi hijo!!! ¡¡¡parricida!!! (*Cae sobre el cadáver abrazándolo y en este momento aparece Walí por la puerta secreta en trage de ermitaño.*)

ESCENA ÚLTIMA.

El Conde y Walí-Saíd.

Walí.—(*Con aire feroz.*) Já... já... já... ¡Bien os vengásteis, conde de Gormáz!

Conde.—(*Levantándose como quien sale de un sueño.*) ¿Sabes quién es el muerto? ¿Sabes á quién he matado por tí? ¡¡á mi hijo!!

Walí.—¡¡A vuestro hijo!! (*Alegría feroz.*) ¡Imposible! miradlo bien, y si así fuese, no lo debeis extrañar, esta cámara tiene manchas de sangre que con sangre sólo se borran. ¿Te acuerdas de Zoraida? (*Sacudiéndole por un brazo.*)

Conde.—(*Espantado.*) ¿Quién eres tú, que mi horrible pasado en mi horrible presente me haces recordar?

Walí.—(*Quitándose el hábito, con soberbio triunfo.*) ¿Me conoces, Conde de Gormáz?

Conde.—(*Asombrado.*) ¡¡El Walí-Said!!

Walí.—¡Ya lo ves...., soy yo; yo, que quiero vengar una antigua historia de lágrimas y sangre!

Conde.—¿Venganza has dicho? Según eso, ¡eres tú el autor de todo esto!

Walí.—Tú lo has dicho.

Conde.—¡¡Oh!! Vive Dios, fiero Walí, que tu historia debe ser por demás interesante y monstruosa; cuéntamela, que en este instante sólo anhelo monstruosidades; cuéntamela, que yo á mi vez te devolveré cuento por cuento.

Walí.—No soy Walí el vencido, el padre anonadado por la venganza del Conde de Gormáz; soy Walí el vengativo, el terrible jefe de los árabes de la Alpujarra..., asesiné á Paulo el ermitaño, he estado ocupando su puesto por algunos días, engañé á tus ca-

pitanes con falsas noticias de mentidos asaltos..., fingí tu letra para atraer á tu hijo á una emboscada por tus celos preparada..., yo fuí el autor del anónimo de Santa Fé; llegó el momento, Conde de Gormáz.

CONDE.—(*Calma.*) ¿Y qué más?

WALÍ.—El castillo que orgullose ocupas, está minado por mí, y mis gentes sólo esperan una señal para surgir hasta de las losas de tu oratorio y de los mármoles de los patios, y convertir tan soberbia fortaleza en negro montón de humeantes ruinas.

CONDE.—¿Puedo saber tu objeto?

WALÍ.—Celebrar tus funerales, los de tu esposa y de tu hijo de una manera digna de vuestra regia estirpe; ven, sígueme, ahora mismo empezará tan grandioso espectáculo. (*Hace sonar la trompa que lleva en la cintura. Ilumínase el fondo del teatro con vivísimos destellos como si un formidable incendio acabase de estallar. Oyense grandes murmullos, ruido de armas sin que se interrumpa el diálogo; el conde se asoma frenético á la balaustrada.*)

CONDE.—Já... já... já... ¡¡qué maravilloso espectáculo!! sólo hallo un inconveniente, y es que vengas ofensas que jamás se te han inferido!

WALÍ.—¡Cómo! ¿puede acaso quedar impune la muerte de mi Zoraida?

CONDE.—Yo necesitaba matar á tu hija para vengar la muerte que dieron á mi padre tus manos impías, pero ciego de amor no lo hice...

WALÍ.—¡Cómo! ¡Vive!

CONDE.—¡Calla! ¡Yo también tengo mi cuento! Hace veinte años, te hice creer que la cabeza de una esclava era la de tu hija... á la infiel la hice castellana, á Zoraida la mora la hice mi dama, mi amor, la madre de mi hijo, porque has de saber y te lo diré bajo, muy bajo para que el mundo no se espante ¡que ese cadáver, víctima inocente inmolada á tu furor es el cuerpo ensangrentado de tu nieto!!

WALÍ.—¡Oh, monstruoso D. Juan! ¡calla! ¡tus palabras me aniquilan!

CONDE.—Ven, acércate, mira el incendio, oye esos

pavorosos gritos de agonía; tú en la ceguedad de tu horrible venganza hiciste todo esto; pues bien, ¡mira allá á lo lejos ¿ves aquella ventana de la que ya se apoderan las llamas en revueltos torbellinos?... dentro de algunos instantes será un montón de humeantes ruinas... ya se desprenden las celosías... ya empieza á desplomarse el arco de su ojiva... fija bien en ella tu vista... contempla aquella sombra blanca que en su hueco resplandeciente aparece ¡oh! ¡hermosísima visión! ¡mírala! ¡parece un espectro evocado de un sepulcro, mírala cómo se retuerce, grita y se desespera; todo es inútil! ¡el estruendo de la hecatombe apaga el eco de su voz... duda tirarse de la alta torre... por todas partes la muerte la amenaza; ¡nos ha visto! tiende hacia nosotros sus brazos delirante, implorando compasión y socorro; ¡nosotros se lo podemos dar! ¡en aquella estancia termina esta galería! ¡pues bien, no lo haremos! ¡dejaremos que el fuego que tú has encendido, la abrase y tú desde aquí, bajo mi férrea mano preso, verás morir á aquella mujer, que es mi esposa! ¡¡Zoraida, tu hija!!

WALÍ.—(*Avalanzándose hácia ella.*) ¡Ella! ¡Hija mia!

CONDE.—(*Sugetándole.*) Quieto aquí: ¡goza, engendro infernal, de tu obra de destrucción!

WALÍ.—(*Desasiéndose del conde y tomando un arma de la panoplia.*) ¡Mi hija! ¡Paso, conde, paso!

CONDE.—(*Sugetándole fuertemente.*) Es inútil, de aquí no saldrás, tenemos que morir los dos víctimas de nuestras «DOS VENGANZAS.» (*Lucha. El conde arroja al suelo al Walí. Telón rápido.*)

FIN.

Revolución Artístico-literaria y postergación de la juventud, pronunciado en El Fomento de las Artes.
Desarrollo de las pasiones en el obrero, pronunciado en el Centro Instructivo del Obrero.
Campañas del General D. Manuel Lorenzo.
El Conde D'Ayot y la Hidrografía francesa á principios del siglo XIX *en las regiones del extremo Oriente.*
Excursiones militares del Coronel D. Manuel Lorenzo al país de los Igorrotes. Discursos pronunciados en el Centro del Ejército y de la Armada.
Nuevos ideales del Arte, pronunciados en el Círculo de Bellas Artes.
Aficiones Artísticas del obrero, pronunciado en el Centro Instructivo del Obrero.
El obrero y las Ciencias, ídem.
Las aristocracias ante el progreso.—Primera parte: Edad Antigua.—Segunda parte: Edad Media; estudios leidos en El Fomento de las Artes.
El doctor D. Diego de Torres y Villarroel, memoria bibliográfica literaria leida en el Ateneo de Madrid.
Importancia de la taquigrafía en el Ejército, discurso leido en la sesión inaugural de la Academia Taquigráfica Militar.
Disertación filosófico-literaria sobre la locura, el llanto y el suicidio, conferencia dada en el Ateneo Antropológico.
Las Artes y las Letras en Filipinas, discurso pronunciado en el Círculo de la Unión Mercantil.
Comercio de les Igorrotes, conferencia dada en la Asociación de profesores mercantiles.
Pedagogía del trabajo, discurso pronunciado en el Círculo de trabajadores.
La agricultura como base de todo engrandecimiento intelectual, pronunciado en la Asociación general de agricultores de España.
Poemas en prosa, conferencia dada en el Centro de Asturianos.

Científicas.

El pueblo árabe, estudio arqueológico.
Ontología de los Igorrotes.
Estudios Astronómicos.
Meditaciones metafísicas.
Breves consideraciones acerca de la Geología y de la Alquimia.
Teoría abstracta del Espiritismo.